

salida del sol, casta *Luna* que refleja su lumbre, *Raíz de Jesé* de donde brota la flor sapiencial, *blanco Vellón* sobre el que cae el purísimo rocío de los cielos, tierra y *campo de candeal*, *celestes Jardín*, y, por excelencia, *Flor* cuya gracia es justo que vengan a festejar en cada primavera todas las flores de mayo!

F. M. RENGIFO

## EL CIELO

### CUARTA CONFERENCIA

DE MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA  
EN LA CATEDRAL DE BOGOTA

Terminé la plática pasada consolándoos, según la doctrina del Apóstol, de las miserias de la vida presente con la esperanza de la eternidad bienaventurada. Quiero insistir sobre este asunto en esta dominica, en que la Iglesia mitiga el rigor de la penitencia y el duelo, permite adornar de flores el altar y que resuenen las bóvedas del templo con los sagrados acordes del órgano.

Hablemos del cielo, que es la morada de Dios, porque aunque El está presente en todas partes, allí se deja contemplar claramente de sus elegidos; que es lugar donde Cristo Dios y Hombre reina sentado a la diestra de su Padre y de donde baja todos los días a las manos de sus sacerdotes y a los corazones de sus hijos; la sede en que impera María, Virgen y Madre de misericordia, en cuerpo y alma, sobre todo el universo creado; el sitio donde nos aguardan con los brazos abiertos, tantos seres queridos a quienes nunca volvemos a encontrar en este mundo. Hablemos del cielo, porque son tan suaves al ausente las memorias embalsamadas de

la casa paterna; al desterrado los recuerdos de la patria, de quien lo separan los continentes y los mares.

¿Qué es el cielo? Sólo a un hombre antes de morir, le ha sido dado penetrar en espíritu hasta la tercera de las moradas eternas. Y con haber sido dueño San Pablo del más alto entendimiento, y del corazón más encendido y de la más sublime elocuencia, al volver de la gloria sólo pudo escribir que había contemplado arcanos de los cuales no es permitido hablar. Y en otra ocasión exclamó: «Ni el ojo vio, ni el oído escuchó, ni el intelecto humano pudo comprender lo que Dios tiene preparado a los que lo aman.»

¿Qué será entonces el cielo? En las primeras edades cristianas, que lo fueron de persecuciones por parte de los emperadores romanos, muchos millones de personas sucumbieron voluntariamente entre tormentos por confesar y defender la fe de Jesucristo. Jóvenes y ancianos, niños y doncellas, ciudadanos y esclavos, varones consulares y labradores de los campos, sacerdotes y soldados, morían clavados en cruz, descoyuntados en los ecúleos, asados a fuego lento, con el gozo en el alma y la sonrisa en los labios. Los mártires sabían lo que es el cielo y todo les parecía poco para ganarlo.

No paremos mientes en la soledad de Pablo el ermitaño, ni en la pobreza del santo de Asís, ni en la penitencia del de Alcántara, ni en el celo de Francisco Javier: mirad lo que tenéis al alcance de vuestros propios ojos. ¿No sabéis de niñas de elevada alcurnia, mimadas de sus padres, ricas, hermosas, pretendidas, que abandonaron las dulzuras del hogar, los halagos del mundo, para vestir un hábito religioso y dedicar la vida a curar con sus manos las llagas de los leprosos? Esas hermanas de la Presentación o de María Auxiliadora, acaso vuestras hijas, vuestras hermanas, las compañeras de vuestros juegos infantiles, hoy enfermeras

en los hospitales de Agua de Dios y Contratación, son almas que adivinaron lo que es el cielo y resolvieron obtenerlo a toda costa.

Imaginad que un artista, al visitar una exhibición de tapices, se quedara absorto ante una tela, por la corrección del dibujo, la vida de las figuras, la armonía y suavidad de los matices; y que le oyerá decir al fabricante: «Lo que estáis mirando es el revés del gobelino, donde se enredan y enmarañan los hilos; la pintura está del lado opuesto.»

Pues en una noche de verano, de esas en que no hay una sola nube en el espacio, alzad los ojos al combo azul del firmamento tachonado de incontables luceros; unos inmóviles que parecen roturas a través de las cuales pasan las claridades de la gloria, otros que pestañean como ángeles recién nacidos, y considerad que ése es el revés del cielo y que de la otra parte se halla el verdadero espectáculo, digno de la omnipotencia divina.

Ahora finjamos que se le muestra a un viajero en la capital de cierto poderoso imperio, una mansión de soberana arquitectura, con derroche de jaspes y mármoles, maravilloso en el mueblaje, ennoblecido con las obras maestras del arte, rodeado de parques y jardines, atendido por copiosa servidumbre; y que el monarca le asegura ser aquello la cárcel en que tiene castigado a un hijo que se había rebelado contra él; pero que en atención a la completa enmienda del príncipe, ha resuelto nombrarlo heredero del trono y llevarlo a un palacio, donde olvide las estrecheces y penalidades de la prisión. Cómo será el palacio aquél!

Este mundo en que vivimos tan perfecto y tan bello, que nunca acabamos de conocerlo y admirarlo; este mundo visible, tan amado que nos estremece de espanto el solo pensamiento de tener que dejarlo, es el

destierro, el valle de lágrimas, la cárcel donde expiamos nuestras culpas. ¿Cuál será el cielo, que es la casa de Dios, el lugar de las eternas recompensas?

El humano entendimiento se alimenta de la verdad como las plantas de los jugos de la tierra, y todo hombre padece desde el alborear de la razón hasta la muerte, hambre y sed de saber, nunca plenamente satisfecha. La curiosidad, pasión de que no nos es dado desprendernos, no es otra cosa que expresión sensible de ese anhelo. Cada vez que se descubre o se aprende algo nuevo, surge el deseo de investigar el más allá; el misterio no se disipa sino que retrocede; los sabios son los que más sufren con su ignorancia; y el gran filósofo griego compendió su doctrina en esta amarga frase: «Sólo sé que no sé nada.»

Cuando el alma justa llega al cielo, cuando los ángeles levantan para ella las puertas de la gloria, contempla a Dios en toda su grandeza, majestad y hermosura; sin enigmas y sin velo. Dios es la Verdad, porque así se llama la conformidad de las cosas con el entendimiento: y todos los seres son copias descoloridas de las eternas y bienaventuradas ideas existentes en la mente divina y que se identifican con ella. Conocerá el hombre, al mirar el rostro del Creador, la naturaleza íntima de todas las criaturas, las leyes que las rigen, los nexos que las unen; la portentosa manera como gobierna el Soberano Señor la humanidad, respetando la libertad natural del individuo. Verá el alma la divina Esencia, y con ella las tres santísimas Personas, y entenderá tan claro lo imposible de abarcar con su razón al Sér supremo, que esa imposibilidad no le causará pena sino inefable gozo.

Un hombre no sólo tiene inteligencia, sino voluntad y corazón, cuyo acto es el amor, tan indispensable para

el alma como respirar es necesario para el cuerpo. Amar es vivir: el que no ama está muerto, enseña san Juan; y santa Teresa dice que el infierno es un lugar donde no se ama. Mas ¿en dónde habremos de colocar nuestros afectos? Los bienes corpóreos y caducos no son elemento adecuado a un espíritu inmortal, y ningún bien finito es suficiente a un corazón cuyos anhelos crecen a medida que se van satisfaciendo. Nuestros semejantes no nos bastan tampoco, porque entre ellos y nuestro cariño se interponen el olvido y la ingratitud, la ausencia y finalmente la muerte. San Francisco de Borja, ante el cadáver de la emperatriz Isabel exclamó: «No vuelvo a servirle a ningún amo que se me convierta en gusanos.»

En el cielo, al ver y al entender a Dios, Bien infinito, se enciende la voluntad en amor perfecto, tal que, en su comparación son hielo la caridad del Profeta de Patmos y la del Apóstol de las gentes, y la de la reformadora del Carmelo. Y el amor estalla en deseo, porque el cariño verdadero no se contenta con la contemplación del sér querido, sino pretende adueñarse de él; y el alma adquiere la posesión de Dios. Al poseerle, crece el conocimiento, y éste aviva el afecto, y el afecto aguija el anhelo que estrecha más el abrazo con el amado.

También es Dios suma e infinita hermosura. Toda la variedad y proporción, orden y armonía y unidad que admiramos en las criaturas son descolorido reflejo de los esplendores del Hacedor Supremo. Ni siquiera conocemos el mundo tal como salió de las manos divinas porque el pecado original lo deslustró, lo colmó de manchas, lo hizo añicos y dispersó los fragmentos de la obra primitiva. Las bellezas parciales que nos hechizan en la tierra son restos náufragos de inmensas desaparecidas riquezas; son la columna trunca, el despor-

tillado capitel, la estatua mutilada que se hallan en las ruinas de vetustísimas ciudades. En Nuestro Señor hállase variedad suma de atributos, virtualmente diferentes unos de otros, dentro de la unidad que los confunde entre sí y con la naturaleza increada. Porque el sér de Dios es, en el orden real, su mismo existir, y el existir es pensar, y el pensamiento es el querer, y la voluntad es poder, y el poder es el obrar, y la obra es justicia, y la justicia es la misericordia. En Dios existe la adorable Trinidad de las Personas en una esencia simplicísima, en una indivisible substancia.

En el cielo tendremos, además de la vista y posesión de Dios, la compañía de las criaturas más excelentes y más dignas de nuestro amor. Y digo «tendremos,» porque la esperanza es una virtud y Dios nos manda aguardar la gloria apoyados en los auxilios de la gracia. Allí la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, el más hermoso entre los hijos de los hombres; de tanto atractivo que, por verle y oírle, las multitudes permanecían días enteros en el desierto sin alimento, ni bebida, ni sueño. Tales eran la voz y la mirada del Maestro que convertían al publicano en evangelista, al perseguidor en apóstol, a la pecadora en santa, al ladrón en primogénito del reino de los cielos. Le veremos, le escucharemos, le tendremos en nuestros brazos como María en el pesebre de Belén; tocaremos sus llagas, no por incredulidad como Tomás, sino por amor como José de Arimatea. Nos inclinaremos en su pecho al modo del apóstol preferido en la noche de la cena y besaremos su boca con nuestros labios como la mística esposa del Libro de los Cantares.

Y allá conoceremos a María, y la llamaremos Madre a boca llena y sabremos por Ella todos los misterios de la vida oculta de Nazaret, que el Evangelio calla porque la tierra es indigna de ellos y sólo deben percibirse en

la gloria. Gozaremos del consorcio de los ángeles, que son millares de millones y tan superiores al hombre como éste es superior a los brutos. Distribuidos en nueve coros, son tan variados entre sí que cada uno tiene esencia diferente, y forma especie aparte de todos los demás. Nos será particularmente grato conocer al ángel de la guarda, que fue nuestro compañero en la prueba y lo será también en el premio.

Encontraremos a todas las personas a quienes amamos en el mundo, padres y hermanos, y amigos, y a los que cooperaron a nuestra santificación, y a los que se salvaron mediante nuestra caridad y nuestro celo. Algunos preguntan si en el cielo nos conoceremos, si sabremos amarnos, si tendremos íntimo trato y compañía. El que dude de la respuesta afirmativa no ha penetrado el dogma de la comunión de los santos, no ha entendido las Santas Escrituras, no ha puesto la atención en las oraciones litúrgicas de la Iglesia, en las que se pide a Dios que nos otorgue la conversación con los ángeles, que nos lleve a ver nuestros padres y a reconstituir nuestro hogar en el seno mismo de Dios. No tema nadie que esta sociedad con nuestros prójimos nos distraiga de la intuición del Sér Supremo, porque las almas se hallan en Dios y Dios se encuentra en ellas. Vosotros estáis percibiendo juntamente las ideas que os expreso y el timbre de mi voz sin que ninguna de las dos cosas perjudique a la otra, sino antes la ayude y la complete. Así es que en la gloria disfrutaremos de la grande alma de San Pablo, del corazón inflamado de Agustín, de la elocuencia vasalladora de Crisóstomo, de la diafanidad de inteligencia propia del doctor de Aquino, tan semejante a los ángeles por la alteza de la mente como por la pureza del corazón.

Un día nuestro cuerpo, compañero e instrumento del alma en el servicio de Dios, tornará a unirse con ella

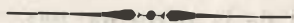
y quedará reconstruída en su integridad nuestra persona humana. Es de justicia que sean bienaventurados los ojos que vieron compasivos las miserias del pobre, los oídos abiertos a la palabra de Dios, las manos que distribuyeron la limosna, los pies que recorrieron todos los caminos de la tierra para evangelizar a los que estaban sentados a la sombra de la muerte.

La felicidad del cielo no se acaba nunca, es bienaventuranza que siempre perdura. La posesión del bien no está amargada con el temor de perderlo; la dicha está acompañada de la perpetua paz. Lo que vale en toda felicidad es el primer momento. Un hijo ausente de su casa llega por fin a ella, encuentra a sus padres que salen a recibirlo, los estrecha contra su corazón y rompe en dulcísimo llanto. Eso es lo que vale; al día siguiente ya la felicidad está atenuada. Como la eternidad es una vida sin sucesión, el alma en el primer instante ve a Dios, le ama, le desea, le abraza. El cielo no es más que ese momento, pero un momento que no se acaba jamás.

¿Y quiénes son los moradores de aquellos palacios de incomprendible beatitud? Pueden serlo todos los hombres; todos fueron criados para el cielo; por todos derramó Cristo hasta la última gota de su sangre. Para cada uno de nosotros hay un trono allá arriba; es nuestro, siempre que no le perdamos por el amor desordenado a los bienes aparentes, siempre que no vivamos enamorados del perverso espíritu del mundo. En los cielos hay toda clase de personas: ricos, en menor número; pobres, en muchedumbre innumerable; algunos grandes; incontables pequeños; un grupo de los felices de la tierra; tantos desgraciados como las arenas del mar. Al lado de los justos que no perdieron la inocencia bautismal se hallan los pecadores arrepentidos: Pedro y Pablo al lado de Juan; Magdalena, acaso con

mayor gloria que Inés y Cecilia; Agustín, el maniqueo, el libertino, con la aureola de doctor de la gracia y la sabiduría. Sólo una clase de hombres no se encuentran allí, y son los soberbios, porque la puerta de la gloria es tan baja y estrecha que no caben por ella sino los que se humillan y anonadan.

Levanted, hermanos míos, los corazones. *Sursum corda!* Sed imitadores de Cristo acá en la tierra y seréis partícipes de su felicidad en el cielo (1).



## APUNTACIONES

### para el estudio de la antropología

#### INTRODUCCIÓN

Para comodidad en el estudio de la antropología dividiremos nuestro trabajo en cuatro grandes capítulos: el primero, sobre el origen del hombre; el segundo, sobre la naturaleza del cuerpo humano; el tercero, sobre la naturaleza del alma humana, y el último y cuarto, sobre la naturaleza del compuesto humano.

El problema que estudia el capítulo primero debe resolverse conforme a la ciencia biológica y según los argumentos de pura razón deducidos de los hechos establecidos por la biología. De este modo obtendremos las diferencias y relaciones que existen entre lo orgánico y lo inorgánico; las condiciones en que han de obrar los seres vivos; el modo como éstos han aparecido en la tierra y las relaciones de causalidad que unos a otros los ligan.

Este sermón no me pertenece. Es una conferencia que le oí, muchos años há, al señor don Ricardo Carrasquilla. El no la escribió, pero el plan, las ideas y aun algunas frases se me grabaron indeleblemente en la memoria.

R. M. C.